

## MORALES PADRÓN, EL MAESTRO

Por RAMÓN MARÍA SERRERA

En la madrugada del 15 de noviembre del pasado año 2010 falleció en su casa de la Plaza de Santa Cruz don Francisco Morales Padrón a la edad de 87 años. Con legítimo orgullo de alumno y discípulo, quiero rememorar en esta sesión académica solemne, que fue él quien, con su discurso de contestación, y en nombre de la Real Academia Sevilla de Buenas Letras, me dio el primer abrazo de bienvenida a esta Corporación.

Mi relación con el profesor Morales Padrón se inició muchos años antes. Lo conocí y traté personalmente por primera vez en el Palacio de la Magdalena de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo en el mes de julio de 1969, el mismo en que el hombre pisó por primera vez la luna. Él organizaba un curso con prestigiosos americanistas europeos y americanos y yo participaba como alumno en un curso de Humanidades dirigido por el profesor Camón Aznar en el que participaban figuras que hoy forman parte de la Cultura Española del siglo XX: el propio Camón, Juan Antonio Gaya Nuño, Antonio Bonet Correa, Odón Alonso, Carmelo Bernalola, Luis de Pablo, Tomas Marco y los pintores Benjamín Palencia y Gregorio Prieto, quien, por cierto, me hizo un retrato a lápiz en folio que nunca me dio y cuya pista le perdí. Era por entonces rector de la Menéndez Florentino Pérez Embid, gran amigo del profesor Morales Padrón, que nos llevó en dos ocasiones –llevado por su incontrolada glotonería- a degustar

exquisitos manjares cantábricos en el barrio pesquero de la capital santanderina.

Desde aquel año de 1969, hasta el momento de su fallecimiento, el profesor Morales Padrón estuvo presente en todos los momentos decisivos de mi vida personal y profesional. Primero como profesor en la especialidad y más tarde como miembro de los tribunales de mi Tesis de Licenciatura y de mi Tesis Doctoral. Más tarde él formaría parte del tribunal que me propuso para ocupar en 1981 la agregación de Historia de América de la Universidad de La Laguna, así como en el de mi acceso a la cátedra de la Universidad de Granada y, finalmente, también en el de concurso de traslado a la Hispalense, en la que ocupé la cátedra que, por jubilación, dejó vacante mi siempre recordado maestro don José Antonio Calderón Quijano.

Realmente, el profesor Calderón llegó a ser maestro de tres generaciones americanistas que compartimos tareas docentes universitarias: la del profesor Morales Padrón, la del profesor Luis Navarro García y la mía. Por ello, en cierta forma puedo expresar que don Francisco y yo llegamos a compartir el mismo maestro en el ámbito del americanismo.

Desde mis años de estudiante, siempre admiré en él no sólo su impresionante obra científica, sino también su capacidad para distribuir sus afectos, sin descompensar intensidades, entre tres tierras para mí muy queridas porque forman también parte de mi propia biografía personal: Sevilla, Canarias y América.

Pero hay un rasgo del profesor Morales Padrón que hoy quiero destacar en esta breve glosa: su impresionante capacidad de trabajo, su incansable actividad, casi empresarial. El trabajo fue su divisa. Ya bien avanzada su enfermedad, cuando le visitaba, le sorprendía corrigiendo pruebas, redactando, dictando, hablando con editores, pidiéndome que le leyera sus páginas, anotando todo, recordando todo, hasta el último rincón de su extensa biblioteca en donde se escondía el libro en ese momento buscado. Y ha muerto dejando dos monografías sin acabar. El trabajo, realmente, fue su divisa. Morales Padrón fue un trabajador nato. Y por eso nos ha legado una obra ingente.

Hace unos días se presentó en la Real Maestranza de Caballería mi libro sobre *La America de los Habsburgo*. Asesorado



*Un primer plano del profesor Francisco Morales Padrón*



*El profesor don Francisco Morales Padrón con el Premio Nobel de Literatura Miguel Ángel Asturias*

por el profesor Morales Padrón, incorporé en él numerosos mapas trazados a línea tomados de su espléndido *Atlas Histórico Cultural de América*, el mejor, sin duda, de los existentes en la actualidad. Desgraciadamente, cuando preparaba la edición del libro se produjo el fallecimiento de don Francisco, con quien en numerosas ocasiones, durante su enfermedad, hablé de este proyecto editorial.

Por ello, hasta en mi última actividad americanista estuvo presente el profesor Morales Padrón. Vaya pues mi recuerdo emocionado, mi cariño y mi agradecimiento hacia su figura. Él sigue vivo entre sus discípulos y sus alumnos, entre los cuales yo tuve el honor de reunir esa doble condición. Tanto él como los profesores don José Antonio Calderón Quijano y don Antonio Domínguez Ortiz –los tres, miembros de esta Corporación– están presentes entre las líneas de todas y cada una de las páginas de mi citado libro. Mi recuerdo emocionado a los tres admirados maestros. Hoy más que nunca me siento orgulloso de haber aprendido mucho de ellos y de haber merecido de los tres su amistad y su cariño.

No voy a glosar en este acto la amplísima producción científica del profesor Morales Padrón, con más de 300 títulos, que daría lugar a toda una sesión académica de carácter monográfico. Pero sí me voy a referir en esta ocasión a su profunda y comprometida implicación con la vida cultural de Sevilla: Fue Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Sevilla, Vicedirector de la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla, Director del Departamento de Historia de América de la Hispalense, Director del Colegio Mayor Universitario “Hernando Colón”, Director de la Fundación FOCUS-ABENGOA y Director de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras entre 1981 y 1990.

Recibió en vida distinciones, es cierto, pero casi todas o de su tierra natal, Canarias, o de fuera de nuestras fronteras, porque internacional fue la proyección de su obra. Fue Doctor Honoris Causa por la Universidad Attila Josef de Szeged (Hungría), Doctor Honoris Causa por la Universidad de Génova, Doctor Honoris Causa por la Universidad de Las Palmas, Encomienda de Alfonso X el Sabio, Orden al mérito civil del Gobierno Peruano,

Orden Andrés Bello de Venezuela, Hijo adoptivo de la ciudad de Las Palmas e Hijo predilecto de su siempre añorado pueblo natal, Santa Brígida.

Pero Sevilla, no. Sevilla es así. La Sevilla oficial siempre ha despreciado con la marginación o el olvido a los hombres que le han entregado su corazón, estudiado su historia o pregonado sus glorias.

Ahí están algunas de las obras que Morales Padrón dedicó a nuestra ciudad:

- Sevilla insólita*
- Los corrales de vecinos de Sevilla..*
- Visión de Sevilla.*
- La ciudad del Quinientos.*
- Sevilla y el río.*
- Memorias de Sevilla.*
- Varias Sevilla.*
- Sevilla, la ciudad de los cinco nombres*
- Historia de Sevilla* de Luis de Peraza.
- La otra imagen de Sevilla. La visión de los viajeros extranjeros (1500-1850)*
- Viajeras extranjeras en Sevilla. Siglo XIX.*
- Manuel Blasco Garzón, un sevillano en el exilio.*

Pero nuestros municipales fueron insensibles. No sé si por desconocimiento –algo grave- o por sectarismo. Ignoro qué es peor.

Hace dos años, en enero de 2009, por iniciativa de su rector el profesor Juan Manuel Suárez Japón, la Universidad Internacional de Andalucía le concedió la Medalla de Oro de la institución. Al acto, que se celebró en la sede de la Universidad de La Rábida –tan querida por don Francisco- asistieron los rectores de las universidades de Sevilla, Huelva y UNIA. Y al comenzar su intervención, el profesor Morales Padrón, con fina ironía, comenzó sus palabras de agradecimiento citando aquella frase del clásico que dice: “si quieres que hablen de ti, muérete”.

Y, como siempre, acertó. El mismo día de su muerte, aunque era pura hipocresía de cara a la galería, las autoridades municipales manifestaron su condolencia. Eran los mismos que le

negaron una y otra vez con tendenciosa y aberrante cicatería el nombramiento de Hijo Adoptivo de Sevilla, la ciudad a la que tanto amó, de la que se enamoró perdidamente para siempre y por la que tanto se desvió para conocer las entrañas de su pasado histórico.

Sin embargo, unos días después de su fallecimiento, alumnos, discípulos, compañeros y amigos despedimos en la parroquia de Santa Cruz al profesor don Francisco Morales Padrón. A pesar de que la familia quiso celebrar el funeral en la intimidad, el antiguo templo de los Clérigos Menores estaba lleno. Todos quisimos estar junto a él en la despedida. Era hombre creyente y soportó con fe y resignación su prolongada y durísima enfermedad, como puede testimoniar Helena, sus hijos, los amigos que le visitábamos y, casi a diario, su entrañable amigo y compañero el Dr. Bibiano Torres.

En su calidad de católico y de creyente, mi antiguo profesor y siempre amigo también se interesó –y se integró– en el sevillano mundo de las Cofradías. Él ingresó en la Hermandad de las Penas de San Vicente, que también es la mía, el día 28 de marzo de 1966. En la fecha de su muerte era el hermano número 223, con una antigüedad de cuarenta y cinco años. El día de su inscripción como hermano fue presentado por don Manuel Pérez-Cerezal y don Domingo Yáñez Polo. Muchas veces le preguntaron por qué precisamente la Hermandad de las Penas, cuando él nunca vivió en la collación de de San Vicente. Y la razón es bien sencilla. El profesor Morales Padrón estuvo de siempre vinculado a la Escuela de Estudios Hispanoamericanos de la cercana calle Alfonso XII, el prestigioso centro de investigación del CSIC en el que don Francisco ocupó durante más de cuatro décadas cargos de responsabilidad. Creo que fueron sus amigos de la Escuela, varios de ellos hermanos de Las Penas, los que le trajeron a nuestra Hermandad. Desde entonces, y salvo años contados y en la última etapa de su vida, el profesor Morales Padrón acompañó a sus Sagrados Titulares haciendo estación de penitencia con cirio sin solicitar nunca privilegio de sitio alguno en el cortejo procesional.

El Consejo General de Hermandades y Cofradías le nombró pregonero de la Semana Santa de Sevilla en el año 1986,

pronunciando su pregón el día 16 de marzo de dicho año en el Teatro Álvarez Quintero por encontrarse en obras el Lope de Vega. Su pregón no fue ni entendido ni asimilado por un amplio sector del mundo de las cofradías porque contenía más teología que sensiblería. Por su manera de ser y por su sobria oratoria, don Francisco no daba el tipo del elocuente y florido pregonero al uso según el canon hispalense. Pero el texto de su pregón es para ser leído y, para muchos, será un texto recordado.

Dos años antes de morir, y encontrándose ya enfermo, Helena -su mujer y compañera de toda una vida-, por voluntad de don Francisco, donó su Diploma acreditativo de pregonero a su Hermandad de las Penas en una ceremonia íntima y emocionante en la que tuve yo también el honor de participar. Habló Helena, con incontenible emoción y recibió el Diploma y pronunció unas muy sentidas palabras de agradecimiento el Hermano Mayor de Las Penas, don Antonio Pineda Capmany, que hoy nos honra con su presencia en este estrado.

Don Francisco fue siempre un hombre de Fe, un profundo creyente que supo conjugar Razón y Fe como buen intelectual. Llegó a escribir una monografía, que incluso ha sido reeditada, sobre la figura histórica de Jesús de Nazaret. Por eso supo soportar con resignación su prolongada y durísima enfermedad.

Fue el profesor Morales Padrón un trabajador nato que nos legó una obra ingente como intelectual y un testimonio vivo de Fe como cristiano, sobre todos en su último año de vida, en el que acompañó en su sufrimiento a Nuestro Padre Jesús de las Penas caído camino del Calvario. Estos hombres siguen vivos a través de sus obras y de su ejemplo en la memoria de sus amigos y sus discípulos. Bien lo supo recordar Lope de Vega en el primer cuarteto de una de sus *Rimas* escritas en Sevilla, al expresar que

“La muerte para aquel será terrible  
con cuya vida acaba su memoria,  
no para aquel cuya alabanza y gloria  
con la muerte morir es imposible”.

Descanse en paz nuestro hermano, maestro y amigo.